



NÚM. 14. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 7 DE ABRIL DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO V.

## REVISTA DE LA SEMANA.



principios de la semana el objeto de muchas conversaciones ha sido el baile dado el domingo último por una sirena en uno de sus encantados palacios, no formado de estalactitas y estalagmitas, pero digno de figurar entre las descripciones de las Mil y Una noches. El lujo, la esplendidez, la profusion de adornos distribuidos con el mejor gusto, el brillo del oro, del cristal, de los diamantes, de las luces, la hermosura deslumbradora de las sirenas, la magia de las hadas, los rasgados ojos de las huries, han arrancado á los poetas y los admiradores de lo bello las exclamaciones mas entusiastas y las descripciones mas variadas. Apostamos á que los concurrentes á este baile querrian que se repitiese mil veces mas, á fin de formar una coleccion que á ejemplo de las Mil y Una noches árabes, viniera á titularse los Mil y un bailes de la duquesa de Medinaceli. Sin pensarlo hemos dicho el nombre de la sirena, pero realmente no habia necesidad, pues ya lo habian adivinado los lectores. No renunciamos al proyecto de darles una copia lo mas fotografica posible del traje bellisimo que servia como de marco al cuadro de su hermosura, y por supuesto que en esta copia, contando con la amable benevolencia del original, no quedará lo principal olvidado.

Entre las damas que concurrieron á este baile estaban la reina de Saba, que hacia envidiar á Salomon, tan digno de envidia ya por otras cosas; un invierno hembra que asi los tuviéramos nosotros todos; un claro de luna que daba mucho que meditar; una locura que verdaderamente hacia efectos trastornadores en el juicio; una maga que podia examinarse de encantadora;

una treinta y cuarenta en cuyo juego nos hubiéramos querido perder; una Diana de Poitiers capaz de convertir en Franciscos á los mas Gerónimos; varios húsares, á quienes inmediatamente hubiéramos nombrado de nuestra guardia si hubiéramos tenido un imperio á la mano; una dame de cœur envidia de las damas é incentivo de los cœurs; una Matilde de las Cruzadas que transportaba la imaginacion á los tiempos de Saladino y de su hermano Malek-el-Adel; un diablo á quien todos daban su alma sin vacilar; una reina de las estrellas que regia los movimientos de todo un sistema planetario con muchísimos satélites: varias judias unas saladas y otras picantes, todas perfectamente apetitosas; una aldeana de Albano superior á todo encarecimiento; y muchas antiguas de todos los tiempos tipos y paises, de las cuales habria mucho y todo bueno que decir.

Despues del domingo vino el lunes de Pascua; y el lunes de Pascua de Resurreccion es una dia célebre en toda España. Llámale en algunas el Lunes de Aguas y no sabemos por qué ni es cosa de inventar ahora la tradicion. En la provincia de Salamanca hay un pueblo donde el Lunes de Aguas los mozos deben regalar á sus preferidas un pañuelo ó un adorno para el baile. En Aravaca en este dia se celebra la fiesta del cordero, que es célebre en tres leguas á la redonda. Cada jóven soltera del lugar ó forastera regala una cinta lo mas lujosa que puede: con estas cintas se adorna vistosamente un cordero y por la tarde se le lleva á una ermita que hay en el campo. Allí se le da suelta, y los mozos corren detrás de él para alcanzar cada cual la cinta de su novia. Viene luego el baile, y las jóvenes tienen que bailar con aquel que posee su cinta. Todas se esmeran en que sus respectivas cintas sean lo mas lujosas posible, porque la peor se ata al rabo del cordero, lo cual no es muy honroso para su dueño. La que no regala cinta, ya sea del pueblo ó forastera no puede entrar en el baile de las solteras y solo es admitida en el de las casadas.

En Pozuelo la costumbre no es menos notable. El lunes de Pascua se reunen un mayordomo ó comisario general de mozos y una comisaria ó apoderada de las mozas, y entre ellos con el censo de poblacion casadera en la mano, van determinando cuál conviene á cuál: el hijo del tio Vencejo con la hija de la tia Marimañas: la de Juan Pintado con Rufino el del esquilador, etc., etc.: los decretados consorcios tienen su competente publicidad, ni mas ni menos que los que decretan en Madrid ciertos periodistas casamenteros; se comunica á los in-

teresados el veredicto inapelable del jurado, y por aquel año hasta el lunes de la Pascua siguiente los prometidos tienen obligacion de bailar juntos en todas las fiestas y solemnidades del pueblo. Aquella tarde los padres de cada novia dan de merendar al mozo que la junta superior de casamientos ha designado para su hija y en el baile se reunen las parejas.

Y ya que hablamos de estas costumbres hemos de referir la que se observa al dia de Santa Agueda, el 4 de febrero en algunos pueblos de la provincia de Segovia, y principalmente en un lugarcito á media hora de la ciudad llamado Zamarramala. En el dia de Santa Agueda mandan las mujeres, y hay por consiguiente una revolucion general en todas las casas. Empieza el dia con una solemne funcion de iglesia, y el cura dice la misa porque no la puede decir el ama: pero en el banco de la justicia se ven sentadas á la alcaldesa en su mas lucido traje empuñando su vara, teniendo á derecha é izquierda vestidas de ceremonia á las regidoras, la síndica y la secretaria de ayuntamiento, y detrás las alguacilesas, la pregonera, la tamborilera y otras dignatarias de la municipalidad. Terminada la funcion, todo el ayuntamiento temenil se dirige á las casas consistoriales ó á la de la alcaldesa, ó mejor aun, á la de la mayordoma de la fiesta, donde se sirve un refresco abundante de bollos y licores. El concejo se reúne para despachar los asuntos urgentes: si ocurre algun incidente en que la autoridad tenga que intervenir dentro de su jurisdiccion, lo resuelve la señora alcaldesa con su consejo de regidoras, oyendo á la secretaria que extiende el auto ó lo hace entender y lo refrenda. En la procesion por la tarde la presidencia corresponde de derecho á las mismas señoras, y en todo el pueblo ellas lo disponen todo. Luego en el baile, presidido tambien por la alcaldesa, las mozas son las que sacan á bailar á quien mas les agrada, y los mozos deben someterse á todo lo que ellas manden. Despues del baile, ó mas bien durante él, se obsequia á los forasteros con un arroz con leche, que suele tomar la asistencia del turron de Alicante.

Tal es un suma esta costumbre, cuyo origen antiquísimo es difícil de averiguar.

En Cataluña y Valencia se come la mona en estos dias de Pascua; y la mona es una torta incrustada de huevos cocidos y muy del gusto de jóvenes y viejos.

El señor don Juan Eugenio Hartzenbusch ha publicado dos lindos tomitos de cuentos y fábulas que son dos preciosas joyas de la literatura contemporánea. Algunas de estas composiciones habian visto ya la luz en

revistas y periódicos; pero hay treinta fábulas y dos cuentos en prosa, que se publican por primera vez. Al frente de la obra va un sucinto prólogo, en que brilla la modestia, signo indudable del talento, del autor.

En la Coruña se ha publicado ya el programa para celebrar juegos florales. Se destinan siete premios y catorce *accessit* á los autores de las mejores poesías escritas en dialecto gallego á la caridad, á María Pita y á Macías. Al mismo tiempo la sociedad económica de Sevilla ha publicado otro programa para premiar la memoria que contenga el plan más fácil y asequible para eximir á todos los hijos de la provincia del servicio de las armas. Los premios consistirán en flores de oro y títulos de socio. La ley actual de reemplazos deja abierta la puerta para la ejecución de este plan, siempre que una provincia quiera. No tiene que hacer sino repartir entre las tres contribuciones que paga, territorial, industrial y de consumos proporcionalmente la suma de 8,000 reales por cada hombre de los que se señalan á la provincia. Si el gobierno opusiera dificultades á este plan, podría hacerse inscribir en una matrícula á los jóvenes desde la edad de siete años, obligando á sus padres á dejar en un fondo medio duro mensual hasta la edad de veinte. Este fondo produciría lo suficiente para cubrir, después de hecho, el sorteo, la cantidad necesaria para eximirse del servicio. El espíritu de asociación se desarrolla de tal manera, que aun los más pobres con alguna previsión pueden librarse de esa carga. Si la sociedad económica de Sevilla fundase una asociación garantida por ella que se obligara á eximir del servicio á todos los que por cierto tiempo le diesen una módica cantidad mensual, seguramente aun sin obligar á nadie tendría de sobra para cubrir su compromiso.

De los teatros poco podemos hablar hoy; pero tendremos que decir bastante próximamente si como se anuncia se ponen en escena la multitud de obras nuevas de que han hablado los periódicos. Ya el miércoles se estrenaron en Jovellanos dos zarzuelitas de que daremos cuenta á su tiempo, y el jueves se verificó en el Príncipe el beneficio en favor de la familia del señor Gil. El joven violinista Monasterio fue el más aplaudido en esta función.

Nada hemos dicho de sucesos europeos porque realmente no ha sucedido nada. Todo está lo mismo que estaba hace quince días.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## ISABEL LA CATOLICA.

SUS AMORES Y CASAMIENTO CON DON FERNANDO DE ARAGON.

### I.

Si hay un nombre glorioso en España; si existe en nuestro corazón algún recuerdo noble, puro, grabado con indelebles caracteres; si nuestra alma vibra de inefable placer al escuchar la brillante narración de alguno de los períodos de nuestra historia nacional, este nombre, este recuerdo y esta narración, es el que espesa y el que se refiere á *Isabel la Católica* y á la época en que esta esclarecida reina ocupó el solio de la monarquía castellana, fruto de sus desvelos, obra de su laboriosidad, premio otorgado por la Providencia á sus inauditos afanes. Alaben en buen hora Rusia á su Catalina, Austria á su María Teresa, Suecia á su Cristina é Inglaterra á su Isabel; nosotros tan poderosos y tan temidos un día como estas ilustres naciones, conservamos para nuestro consuelo escrito en inmortales fastos el no menos esplendoroso, eminente y adorado nombre de *Isabel la Católica*, fundadora de nuestra monarquía, de nuestra grandeza, y no vacilamos en decir de esta nación que después de haber asombrado al mundo por espacio de ocho siglos con una constancia y una energía á toda prueba, terminó bajo el cetro de esta augusta princesa, por dar la más sublime muestra de su valor, de su inteligencia y aun de su temeridad en las más increíbles empresas que hasta entonces habían tentado la arrogancia de los mortales.

Hacer un cuadro completo del reinado de tan escelsa soberana, ni es nuestro objeto, ni á ello alcanzarían nuestras fuerzas; harto menor es nuestro empeño cual lo requiere la índole del periódico donde lo verificamos y la debilidad de nuestra pluma; empero aunque pequeña no es insignificante nuestra tarea; es quizá la fundamental, la primera y la única de que se debe partir para ver donde descansó después todo aquel vasto edificio que escritores más autorizados no han podido y no podrán menos de continuar admirando con todo el entusiasmo de que es capaz el corazón del hombre sensible que contempla desde el cimientito la altura del palacio que su imaginación en su más atrevido vuelo ni aun se llegó á figurar juzgándole superior á los humanos esfuerzos.

El casamiento de la reina Católica con don Fernando de Aragon, es uno de esos acontecimientos providenciales, en los que se ve la mano del Omnipotente que por caminos ignorados á nuestros rudos sentidos ha conducido la obra á una perfección inesperada, y de la

que quizá entonces la creíamos más distante que nunca. Todas las personas que en esta narración nos acompañen, tendrán ocasión de afirmar como nosotros, vistos la multitud de incidentes, complicación de circunstancias, aventuras y acasos que para el feliz éxito de estos sucesos mediaron, que solo Dios condujo á término tan inesperado aquellos dichosos príncipes, para que como elegidos suyos llevaran á cabo la pesada tarea que les había impuesto y obtuvieran para España en premio á sus incesantes fatigas, la conquista de un Nuevo Mundo, el imperio del viejo y el descanso en la patria, que pasó á paso y caminando sobre su sangre y la de sus abuelos, habían conquistado al ominoso pendón de la media luna, sustituyéndole por todas partes la insignia del Crucificado.

¡Gloria á tan dichosos soberanos! ¡Gloria á los elegidos! ¡Gloria sobre todo á aquel que pronunciando el *hágase* sobre el incomparable caos de la España del siglo XV, hizo brotar la luz de las tinieblas, el orden de la confusión, é infundiendo su divino soplo en una de las más escelsas criaturas, la presentó ante los hombres como imagen de la victoria, de la paz y de la justicia!

Perdónesenos nuestro entusiasmo, en particular hallándonos condenados á esponer solo una de las fases de la existencia de esta inclita princesa, si bien, volvemos á repetir en la que desplegó más grandeza de ánimo, inteligencia y energía, y en la que más claramente se palpa la misión providencial que vino á cumplir en una nación que nunca agotará para con ella, aun prodigándola los más gloriosos dictados, los justos títulos porque es acreedora á su agradecimiento.

Nada más notable que la época que vamos á recorrer, época de desorganización social, de desórdenes de todo género, de malestar de toda especie, de intrigas, de levantamientos y de crímenes quizá; si algún hombre dudara que el mundo es regido por el impulso de la Omnipotencia, fácilmente se lo probaríamos con solo hacerle meditar en la historia que ahora nos ocupa. ¿Qué hubiera sido de la España, de la Europa tal vez del siglo XV, sin la aparición de *Isabel la Católica*? Permítasenos callar lo que decir debíamos, puesto que solo nos toca recordar que los anales del reinado de Enrique IV son el modelo de la política de la época, y en ellos se manifiesta evidentemente el valor que daban los gobiernos á sus alianzas ó contratos, aun á aquellos en que se pactaban enlaces entre los más elevados personajes; en ellos se ve cómo se burlaban de las inclinaciones más puras del corazón, el uso que de ellas hacían para sus particulares fines, notándose entre este cúmulo de flaquezas y miserias, otro principio más disolvente aun, el único y solo capaz de anonadar por sí mismo á la sociedad entera, aunque hubiera descansado sobre los más firmes cimientos, porque en una palabra, ¿qué podía esperarse de unos gobiernos que vacilaban en su política ó no reconocían principios fijos en que apoyarla?

La consideración de la multitud de matrimonios que se propusieron y aprobaron para la princesa *Isabel*, nos ha conducido naturalmente á las anteriores reflexiones, y no podía suceder de otra manera, porque esceptuando el de Fernando de Aragon, primero que se contrató y aceptó, en todos los demás, que una vez desechado este, se intentaron, solo se tuvieron presentes mezquinas necesidades del momento, intrigas transitorias, proyectos cortesanos ó la satisfacción quizá de pasiones menguadas. Por fortuna el primer enlace que se proyectó fue el que andando el tiempo vino á verificarse. Hé aquí cómo refiere este acontecimiento Alonso de Palencia (*Décadas*, libro IV.)

«El año cuarto de don Enrique (1457 ó 58), se avistó este monarca con don Juan, rey á la sazón de Navarra y á poco de Aragon por fallecimiento de su hermano don Alonso V, y en estas vistas se concertaron los matrimonios de don Alonso y doña Isabel, hermana de don Enrique, con doña Juana y don Fernando, hijos del rey de Navarra, tenía doña Isabel de seis á siete años de edad, y el novio uno menos.» «Esta anticipación (añade Clemencin en sus *Disertaciones* sobre el elogio de *doña Isabel la Católica*) daba lugar á muchas mudanzas primero que se realizara el casamiento.»

Así sucedió en efecto. El rey don Juan II de Aragon, padre del príncipe Fernando, estaba casado en segundas nupcias, y harto conocidas son las disensiones que de este matrimonio se siguieron. Su esposa doña Juana Enriquez, hija del almirante de Castilla, era ambiciosa en demasía para consentir fueran postergados sus hijos á don Carlos, príncipe de Viana y su hermana doña Blanca, nacidos del primer matrimonio de su marido con la reina doña Blanca de Navarra. Si la discordia reinaba en Aragon amparada por los mismos monarcas, paseábase también por Castilla del brazo con los privados, que con ella se cobijaban bajo el manto del desgraciado Enrique. Las ligas entre los grandes se sucedían sin cesar, y los soberanos de uno y otro reino amparaban sucesivamente á los descontentos de ambas cortes. De aquí procedió el rompimiento del primer contrato matrimonial de la princesa Isabel. Deseaba el rey Enrique vengarse del favor que el de Aragon había concedido á algunos magnates descontentos, y en 1460 ofreció su amparo al príncipe de Viana, celebrando con él un contrato en que le prometía por esposa á su hermana doña Isabel. Nada más extraño que este tratado, que no

todos los historiadores creen llegó á firmarse, pues él ostentaba Enrique ante el de Viana la preferencia que le concedía sobre Carlos, duque de Berri, hijo del rey de Francia, que aspiraba también al amor y la mano de la princesa, notable ya tanto por las galas de su nacimiento, como por las de la más completa hermosura.

Antes de manifestar el éxito de estas negociaciones entre el príncipe de Viana y el monarca castellano, juzgamos inoportuno detenernos un instante para templar esta figura, si no grande, muy interesante para menos en nuestra historia, diciendo cuatro palabras sobre las ventajas ó desventajas que de su casamiento la hermana de Enrique se hubieran originado. La situación del de Viana era muy semejante en estas circunstancias á la en que después de su muerte se encontró su hermano y afortunado rival Fernando; en consecuencia indudable que su enlace con la princesa *Isabel*, hubiera dado cima á la alta empresa de la unión de las dos coronas de Aragon y de Castilla; empero mucho más dudoso si se hubiera verificado la conquista del reino de Granada por las órdenes de un soberano quien con frecuencia se ha tachado de débil, indolente y aun de desacertado en su conducta política. Al emitir tal juicio sobre el infeliz Carlos de Viana algunos historiadores, creemos han tenido más presentes sus inclinaciones particulares que la severa verdad el exacto criterio que debiera guiarlos en sus luminosas investigaciones. Si algún hombre después de Fernando V merecía la mano de la joven heredera del trono de Castilla, sin disputa fue este su hermano Carlos; Carlos cuyo valor se probó en los combates y en la desgracia de Carlos, cuyo tierno corazón era tan sensible á los encantos de la poesía, como á los lisonjeros arrebatos del amor más ardiente; Carlos, que vencedor ó vencido por la fortuna, siempre estuvo pronto á hincar la rodilla ante un desapiadado padre; Carlos, víctima de las intrigas de una ambiciosa y cruel madrastra, sino que rece á nuestros ojos lleno de gloria y esplendor, sino que adivinamos en él al gran guerrero de duro corazón y brazo acerado, nos deja al menos vislumbrar al través de su simpático carácter las cualidades de un amante fiel, de un esposo apasionado y condescendiente; sus dotes bastaban para *Isabel*; había en el alma de esta princesa demasiado heroísmo y grandeza para que se le biese dejado de electrizar la del hombre que con ella compartiera los pesares y dulzuras de la vida. Carlos esposo de *Isabel* hubiera sido tan grande como Fernando, mayor quizá, porque en su alma coexistían fecundos gérmenes que hacen héroes de los hombres los que una fatal complicación de sucesos arrastrados al sepulcro, sumiendo con ellos hasta la gloria de su nombre, empero dejando solo para mayor desgracia el estéril sentimiento vinculado á su memoria. Si la Providencia no permitió se verificara este enlace, si consiguiera decirlo así para unir en la cabeza de Fernando de Aragon todos los títulos del de Viana, adornándole al mismo tiempo de la doble aureola de la victoria y de la fortuna, como siempre con singular sabiduría, pues con todos sus dotes, con sus excelentes cualidades el príncipe Carlos escudía considerablemente en edad á la princesa *Isabel*, y la obra de la unidad, la obra de la reconquista, la obra de la regeneración debía ser confiada á unos jóvenes y robustos como lo eran las del príncipe que se unió á la destinada á colocar sobre sus sienes la corona de ambos mundos, habiendo nacido en un desierto y desmoronado rincón del más viejo de ellos.

Hé aquí por lo que se rompió el pacto de los príncipes de Viana y de Castilla, hé aquí por qué no se verificó el proyectado enlace, no por las pequeñas y triviales razones que presenta la historia apoyadas como en una gigantesca base, en lo que solo fue un grano de arena colocado por el dedo de Dios y que le hizo de un soplo en cuanto su cooperación le estuvo Es sin embargo curioso estudiar la marcha de acontecimientos tan interesantes.

Si mañoso era el de Castilla en tramas, conspiraciones y revueltas cortesanas, y aun civiles podríamos llamarlas, no estaba el de Aragon menos adiestrado en tales fines acontecimientos; y diósele de consiguiente muy poco por el proyectado enlace de su hijo Carlos con la princesa castellana; seguro estaba de deshacerle, desarmar y de atraer á su hijo primogénito con su política, dulzura y con otros recursos no tan inocentes de desgracia. Pero la conducta de don Juan fue bastante equívoca, y aquel al comprenderla la supo contrabalancear con complicaciones y sucesos que dieron diferentes giros á este asunto antes de llegar á su definitivo enlace.

A fuerza de promesas, súplicas y palabras empinadas, consiguió el monarca aragonés avistarse con el príncipe de Viana, y en estas conferencias obtuvo, conforme á su propósito, que renunciara á un casamiento que le prometía con el poderoso apoyo de un hermano soberano de Castilla, continuar haciendo respetar sus derechos injustamente hollados por una mujer ambiciosa, prevaleándose para ello del influjo que ejercía en el corazón de su débil é inconstante marido. Pero el orgullo, las pasiones y los caprichos de esta soberana no pudiendo vivir ocultas por mucho tiempo, no tardaron en estallar, manifestándose en la prisión del hijo político, ocurrida en Lérida el 2 de diciembre de 1460. Los sucesos que tuvieron lugar hasta que

príncipe recobró su libertad, no forman parte de nuestro objeto, por lo que nos abstenemos de referirlos, bastando decir, que cuando á consecuencia de la heroica resistencia de los catalanes, dieron los reyes al príncipe por libre tres meses despues, ya habia este comprendido que hasta qué punto llegaba la enemiga de su madrastra, y cuán contraria le era la influencia con que á su antojo gobernaba el ánimo de su padre. Apenas en libertad, se dirigió á Barcelona, y desde allí proponiéndose ejecutar sin ninguna clase de vacilaciones ni miramientos, el plan que mas á propósito le parecia para el buen éxito de la contienda en que á su pesar y contra todos sus sentimientos se hallaba empeñado, envió á Martin Guaran de Cruillas, caballero de la primera nobleza de Cataluña, para pedir la mano de la ilustre princesa castellana.

Avistóse el embajador con el hermano de esta infanta, y por orden y acuerdo suyo se dirigió á Arévalo, donde á la sazón moraba *doña Isabel* en compañía de su madre, la reina viuda. Nada nos dice la historia de lo que acaeció en esta entrevista; solo nos consta, «que despues de haberla visitado á nombre del príncipe, volvió muy satisfecho á Barcelona.» Los catalanes, que con su proverbial energía y constancia se habian declarado en favor de don Carlos, fueron tambien los mas decididos á apadrinar este enlace, procurando apresurarle para proporcionarles los auxilios del de Castilla que tan necesarios les eran para sostenerse en la larga lucha en que empeñados se hallaban. Con este objeto le enviaron tambien sus mensajeros reclamando la realizacion y pronta conclusion del matrimonio; pero las artes y mañas del rey de Aragon alcanzaron á detenerlos en Calatayud, donde celebraba córtes el principado por agosto de 1464; y á 27 de setiembre siguiente ocurrió el fallecimiento del príncipe en Barcelona, de modo que los embajadores no llegaron á salir de Aragon.

Por esta razon no pudo verificarse el enlace de una princesa, que á la sazón tenia once años, y cuya realizacion hubiera sido de todas maneras muy difícil, porque un numeroso partido castellano, á cuyo frente se hallaba el almirante, le hacia la mas decidida oposicion en los Estados mismos de don Enrique, prefiriendo se efectuara el casamiento de la infanta con el nieto de este magnate, don Fernando de Aragon. Con la muerte del de Viana volvió á renacer este proyecto apoyado por el mismo monarca aragonés que hallándose bastante apurado por sus propios vasallos, y temiendo el daño que por la parte de Castilla pudiera sobrevenirle, renovó á últimos de 1461 los conciertos matrimoniales de sus dos hijos con los dos hermanos de don Enrique. Varias peripecias ocurrieron hasta la conclusion de este tratado que se verificó en el siguiente año, quedando completamente estipuladas las condiciones bajo las que debia efectuarse. El monarca castellano, sin embargo, no pudo nunca mirar con afecto este matrimonio, á pesar de lo ventajoso que era por ser ya don Fernando heredero jurado de la corona de su padre; así en las revueltas de Cataluña aun se manifestó abiertamente hostil al aragonés don Juan, y apoyó á los descontentos, que lo queriendo reconocer el imperio de este soberano, proclamaron en 1462 á don Enrique, conde y gobernador de su principado.

JOSÉ S. BIEDMA.

## AL SEÑOR DON VENTURA RUIZ AGUILERA,

EN LA MUERTE DE SU HIJA.

¿Lloras?... ¡seca tus lágrimas!...

¿Por qué llorar por ella  
si salva del naufragio  
te aguarda venturosa en la ribera?

No mires las escotas  
que entre las ondas quedan,  
presa en la nave estaba  
y ya está libre en la morada eterna.

Era un ángel de amores  
que su morada escelsa  
dejó cuando inclinabas,  
al padecer rendido, la cabeza.

Llegó, te mostró el cielo  
con la nevada diestra,  
y otra vez á su patria,  
volviendo el rostro y sonriendo vuela.

¿No veias sus ojos  
tristes como la estrella  
que al declinar la tarde  
la paz nocturna anuncia la primera?  
Era que recordaba  
las frescas arboledas  
del patrio paraíso  
donde vuelve á morar libre y contenta.

Alegre golondrina  
que de lejanas tierras  
vino á formar su nido  
bajo el humilde techo que te alberga  
¿No es mas feliz marchando  
cuando la primavera  
acaba que quedándose  
á morir entre nieves y entre nieblas?

No es la vida un calvario  
por cuya áspera senda  
todos llorando sangre  
la cruz de su dolor al hombro llevan?  
¿Y no es la muerte el ángel  
que rompe las cadenas  
que en Babilonia impura  
á la hija de Salem tienen opresa?

No llores en su tumba,  
la vista al cielo eleva  
vestida allí de boda  
la veras del Señor en la presencia.  
Y el dia en que termine  
tambien tu amarga prueba  
entre sus dulces brazos  
olvidarás su momentánea ausencia.

CÁRLOS RUBIO.

## LOLA MONTES, CONDESA DE LANDSFELD.

La muerte ha puesto fin á la existencia de esta mujer que por su vida extraordinaria y sus singulares aventuras, ha alcanzado una triste celebridad en Europa, y que despues de haber influido poderosamente en la política de una nacion alemana, ha ido á morir pobremente en una ciudad de los Estados-Unidos de América. Esta clase de mujeres que se emancipan de las trabas que el deber impone á su sexo, no ha tenido desde Safo y Aspasia hasta Aurora de Konigsmark y Ninon de l'Enclos, una defensora como esta, que contradijera de un modo tan violento por sus pensamientos atrevidos y sus acciones libres, á los que no creen en la capacidad de las mujeres.

María de los Dolores, Elisa, Rosa, Ana Gilbert, conocida por la Lola Montes, fue la reina de las cortesanas, y las peripecias de su vida, son otros tantos ejemplos que nos inspiran profundas reflexiones acerca de la moral del siglo. Segun contaba ella misma, habia nacido en el año 1824, lo cual está en armonía con la edad que representaba en 1847 cuando empezó á ser conocida en ciertos círculos, y en cuya época parecia tener unos veinte y tres años por su fresca y juvenil hermosura.

Para poder juzgar á esta mujer estraviada por su carácter, es preciso echar una ojeada sobre su rápida existencia. Hija de una mujer que la trataba como á una esclava, la Lola Montes se casó por orden de su madre con un sexagenario, cuando no tenia mas que catorce años. Hallándose en Irlanda, se escapó con el capitán James y se fué á la India; pero su temperamento violento y su inclinacion á las aventuras, se avenia mal con la sujecion que tenia, y poco despues abandonó á su segundo marido. La relacion de su huida, escrita por ella misma, formó un artículo curioso en un periódico francés. El deseo de aprender lenguas extranjeras, estaba en armonía con sus inclinaciones aventureras; así los conocimientos del hindostani y del persa, que habia adquirido en la India, contribuyeron despues en París á su buen éxito con los sabios orientales, particularmente con los del séquito de Yung-Bahadur de Nepaul. Los persas se entusiasmaban al oirla hablar de las odas de Hafiz, que habia leído en su lengua original.

Cuando volvió á Inglaterra, vivió en sociedad con artistas, hombres políticos, sabios y gente del gran mundo, y trató con muchas señoras, hasta que se presentó en las tablas como bailarina. Entonces supo que su familia se habia puesto luto por ella, y habia mandado celebrar sus funerales, dando á entender que habia muerto para ella. Esta noticia debió causar una impresion terrible á una imaginacion tan ardiente como la suya, y dominada por impulsos violentos y por una ambicion sin límites. Poco despues la contrataron para París, y bien pronto formó allí el centro de un círculo brillante de literatos, artistas y cosmopolitas. Entonces fue la querida de Dujarier, uno de los redactores de la *Presse*, el cual desafió á Beauvallon que la habia injuriado, y murió en este desafío. Este acontecimiento produjo una sensacion inmensa, y el nombre de la Lola fue conocido en todo el mundo.

En el tiempo de su residencia en Alemania un nuevo elemento de perdicion vino á infiltrarse en su ánimo. Hallándose en Sajonia, fue invitada para que se presentara en el palacio real de Dresde; en Prusia, la córte de Berlin la aduló; despues, estando en Polonia, el príncipe Paskiewich, que á la sazón era virey, la presentó un regalo de diamantes que hubiera halagado la vanidad de una duquesa. Durante algun tiempo fue la esposa de un príncipe; su espulsion de Varsovia, hizo de ella una heroína en San Petersburgo. Casada otra vez con un hombre de Estado en París, se convirtió en una política activa, y despues de la muerte de su marido volvió á su agitada vida pública. A estos acontecimientos siguieron sus aventuras de Baviera. La Lola Montes gobernó el reino bávaro durante mucho tiempo; si la revolucion no la hubiera quitado el poder que tenia, probablemente hubiera establecido unas cámaras libres, y hubiera hecho formar un código liberal en Munich. Esta nueva Cleopatra, que habia sido la Esmeralda de Dresde, fue en Munich la afortunada vencedora del príncipe Metternich, para venir á ser despues la mas famosa cortesana

de la Europa. Sin embargo, esta mujer política fue justamente sacrificada á los deseos de la multitud, y tuvo que huir de la capital disfrazada de aldeana; pero una noche volvió aun á Munich vestida de muchacho, y despues se retiró á Suiza.

Como condesa de Landsfeld, cuyo título la habia dado el rey de Baviera, poseia un Estado que la producía una renta de 25,000 duros anuales, y tenia derecho de feudalismo sobre mas de dos mil personas.

En el año 1849 era la *leona* de la estacion en Londres. Todos los hombres, desde el lord Brougham, hasta un jóven desdichado, el teniente Heald, la solicitaban. Finalmente se casó con este último, lo cual atrajo sobre ella una persecucion, porque el capitán James vivía aun.

Aquí empieza á descender de la altura en que habia estado, haciéndose una aventurera de clase inferior, siendo una forjadora de matrimonios en Londres, un objeto de moda en París, una mujer errante en América, y una desterrada en Nueva York.

Hallándose en París, trató de empezar la misma vida que habia llevado en otro tiempo; pero los acontecimientos de 1848 habian producido grandes cambios, y la sociedad no era ya la misma. Sin embargo, la Lola hizo conocimiento con americanos de distincion, y las pruebas que dió de su habilidad en el arte como bailarina, en el salon de Mr. Goodrich, cónsul de los Estados-Unidos, impulsaron á Mr. Willis á acompañarla como su agente á la América del Norte. En Nueva York se presentó en el teatro de Broadway, y estuvo contratada seis meses, pero no gustó. Despues visitó á Boston, Filadelfia y otras ciudades, cambiando siempre de compañía, pues la mayor parte de las veces estaba en guerra con sus empresarios. Durante estos viajes artísticos, solia recibir visitas mientras estaba en la cama, y se hacia llamar «la señora condesa.» En todas partes brillaba un par de noches como un cometa, con lo cual el público tenia bastante.

En el año 1853 fué á la California, y allí se unió á un elegante irlandés, llamado Hill, editor de San Francisco al que mantuvo cuando cayó enfermo, y con el que se casó solemnemente en la catedral católica. Este matrimonio duró tres meses, y poco despues de la separacion murió Hill. La Lola ganó mucho dinero como bailarina, particularmente en las ciudades de las minas. De allí fué á la Australia acompañada de un jóven llamado Folleri, que se ahogó en el puerto de Melbourne, acontecimiento que la afectó mucho, y que puso un término á su carrera de intrigas.

De vuelta á América dió lecciones públicas sobre diferentes materias. Mujer de talento, aun hermosa y jóven, tuvo un éxito como muy pocos profesores; publicó tambien su biografía y dos ó tres obras, de las cuales «El arte de la hermosura femenil» fue la que circuló mas.

En el año 1858 visitó aun la Europa, dió lecciones públicas en las principales ciudades de Inglaterra, y se entregó al espiritualismo, acerca del cual tuvo cátedra pública, presentándose por última vez en este sentido en el otoño de 1859, en el palacio de Mozart. Una enfermedad que padecia, contribuía á hacerla mas sensible á las conferencias religiosas, y tenia gusto en tratar objetos místicos y sobrenaturales. Llamábase *iluminada*, y consideraba bajo este aspecto los extraordinarios sucesos de su vida aventurera.

El verano pasado fue llevada á Astoria por sus amigos, para que se curara de una parálisis que tenia, y en octubre volvió á Nueva York bastante aliviada; pero habiéndose resfriado el dia de Navidad, adquirió la enfermedad de que murió el 17 de enero de este año. Sus últimos momentos fueron amargos, porque habiendo agotado todos sus recursos por sus estravíos y las enfermedades de sus últimos años, se vió pobre y abandonada de todo el mundo, sin tener en su agonía mas consuelos que los de un sacerdote que se esforzaba en disminuir la angustia de sus remordimientos.

Algunos periodistas americanos han sostenido que á su muerte poseia algunos bienes, pero esto no es exacto; el último pan que comió la Lola Montes, fue el de la caridad. Esta mujer, que habia sido la querida de un monarca alemán, se vió obligada á dar lecciones para vivir, á presentarse en los teatros de la California, y á descender gradualmente hasta morir en la miseria, como antes que ella habia muerto la célebre Emma Hamilton, consejera de un soberano, y querida del primer almirante de Inglaterra.

Así concluyeron las aventuras de María de los Dolores, de Lola Montes, de Mrs. James, de Mrs. Heald, de la condesa de Landsfeld, ó como quiera que nos decidamos á llamarla. En la amargura de sus últimos dias esta mujer se censuraba el desarreglo de su malgastada juventud, porque habiendo quedado reducidas á la nada su ambicion y su vanidad, vió que en medio de sus triunfos no habia sido mas que el juguete de los hombres y el desprecio de las mujeres. Si ha habido un tiempo en el que alguna jóven haya mirado á esa mujer con envidia, cuando radiante de belleza se presentaba en el teatro de la Opera admirada de todo el mundo, y convencida del poder que tenia para fascinar, la leccion que habrá recibido es bien amarga.

Un funesto don de belleza, una aficion desordenada al lujo y á las joyas, una mala madre y un mal marido,

y las adulaciones de algunas personas de clase elevada, la arrastraron de error en error, hasta hacer de ella poco menos que una mujer pública, de quien se había cansado hasta la clase más ínfima de la sociedad inglesa, y cuya existencia en sus últimos años ha sido bien triste y precaria. «Si yo hubiera sido una muchacha vulgar, sería decir la querida de Nelson, habría sido una mujer honrada.» Esta moral, aunque peligrosa en parte, es aplicable á la condesa de Landsfeld, que se perdió, no solo por sus encantos personales, sino por haber recibido una educación perniciosa, porque su primer matrimonio fue un suceso funesto para ella, y porque un mal genio pareció deslumbrarla desde su infancia.

Un puñado de polvo cubre ahora el cuerpo de esta desdichada. El cura de la iglesia del Calvario de Nueva York al asistirle en sus últimos momentos, recibió la confesión de sus pecados y una declaración de penitencia. Su tumba se halla en el cementerio de Greenwood,

y las personas que se detengan á contemplarla, podrán reflexionar el terrible paso que da una mujer el día en que se olvida de su virtud por primera vez.

[A.]

### UN VIAJE A PORTUGAL.

Una mañana de octubre, en que la lluvia caía á torrentes, salimos de Vigo aun bien no asomaba el día, un amigo y yo, con ánimo deliberado de hacer lo que se llama un pequeño viaje, que no debía durar más que lo que durase aquel día lluvioso y triste.

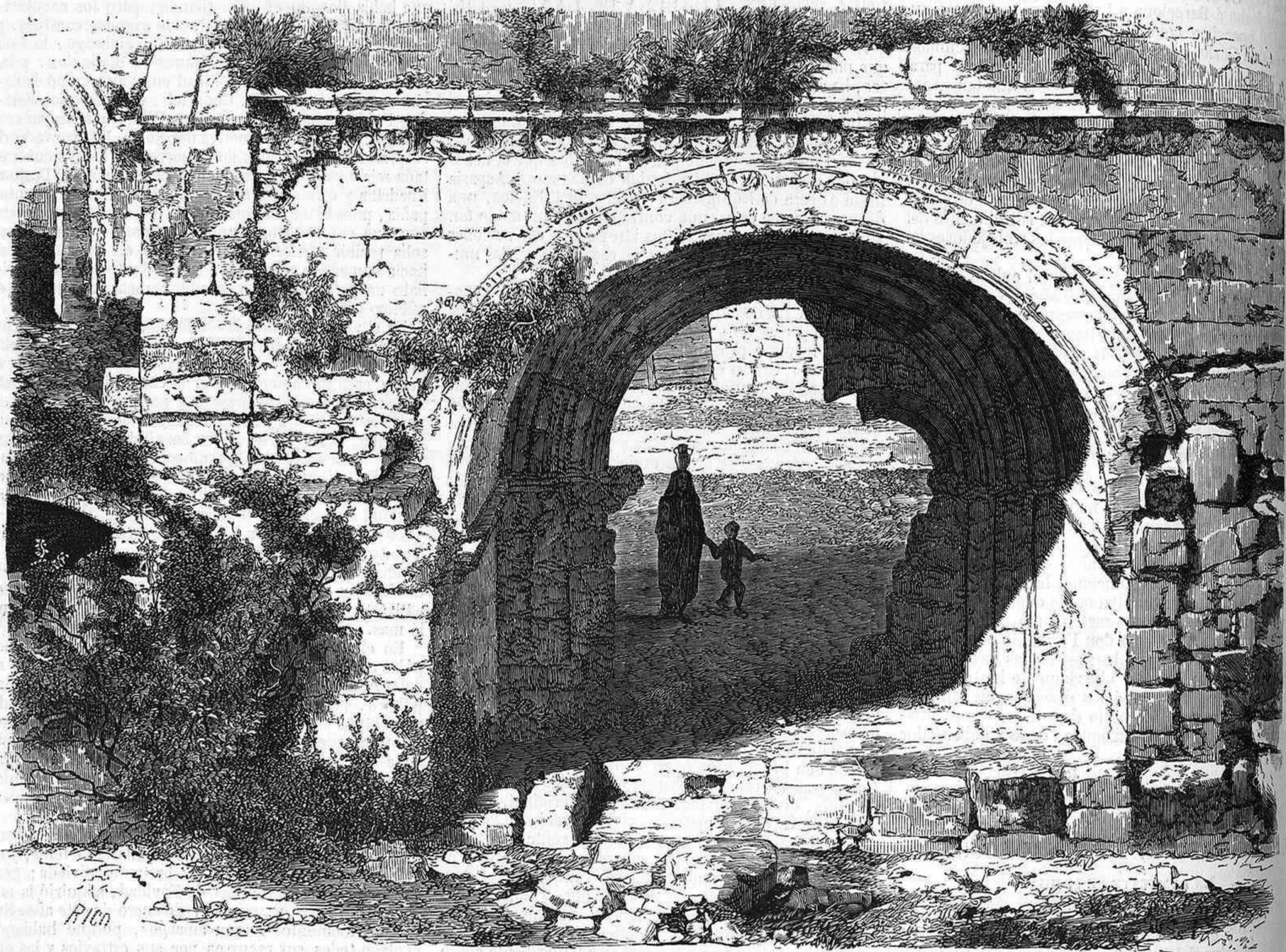
Rodó la miserable y destartada diligencia por la carretera; la primera claridad de la mañana vino á herir los grandes álamos de la orilla, y el viento fresco y hú-

medo que pasaba seguía llevando en sus alas el ruido del carruaje, el de las campanillas de los flacos ruidos, y la aguardentosa voz del zagal, que haciendo un cigarro con la mayor calma del mundo seguía á paso perezoso marcha de la diligencia.

Poco á poco las grandes y pesadas nubes fueron deslizándose sobre el horizonte, y la luz del sol iluminó tíbiamente la llanura montañosa que atravesábamos.

Confieso francamente que me agradaba aquella vastísima extensión, áspera, deshabitada, triste. Grandes montañas azules la cerraban hácia un lado, mientras que naciente los rayos del sol atravesando la niebla corrían con una plateada aureola las cumbres portuguesas.

—¡Allí está Portugal! me dijo mi compañero. Y yo asomé la cabeza á la ventanilla del carruaje, aspiré aquel viento fresco y lleno de agrestes perfumes que gemía sobre la vasta soledad, y fijé la vista en el horizonte en donde se destacaban silenciosas y heridas



PÓRTICO DE SANTA MARÍA LA GRANDE, ANTIGUO CONVENTO DE HOSPITALARIOS EN JERUSALEM.

de la primera luz las montañas de un reino extranjero.

Un sentimiento de dulce admiración llenó mi alma ante aquel espectáculo de la naturaleza; además en confuso tropel vinieron á mi imaginación pensamientos á que la palabra se niega á dar forma.

Nada en verdad más hermoso que aquel paisaje.

Una menuda lluvia caía de cuando en cuando y el sol brillaba tíbiamente entre las gotas cristalinas; la tierra húmeda, las plantas rastreras que cubrían la parda llanura, que iba oscureciendo y azulándose conforme se alejaba, los grandes charcos alrededor de los cuales se levantaban los álamos que aun conservaban sus hojas, las roturas del terreno que le manchaban con sus tintas de ocre, la montaña azul, enhiesta, que se lanzaba á las nubes, algunos pinares que destacaban en el horizonte sus oscuras ramas, nubes pálidas y desteñidas que pasaban como pájaros que emigran á toda prisa, y por último el viento húmedo y gemido que traía en sus alas tantos ruidos y tantos perfumes, hé aquí tal como la palabra puede pintarlo, el gran paisaje que se desarrollaba ante nosotros.

Mi compañero que viviera algún tiempo en Tuy, me servía de cicerone.

—Hé allí—me dijo—las montañas en donde estuvo Tuy primitivamente. Si nuestro viaje durara más, iría-

mos á sentarnos, como el viajero que recorre el Asia, sobre las ruinas de la antigua Tyde, la ciudad bien amada de los príncipes godos.

—Efectivamente—le respondí—siento que el poco tiempo de que dispongo no me permita visitar esos lugares, en donde estuvieron el palacio y los jardines de aquellos príncipes que venían á Galicia á aprender la más difícil de las ciencias, la de gobernar á los hombres con justicia y con mansedumbre. Siento también no poder evocar la acongojada sombra de aquella Lud, mujer infeliz á quien un loco amor y la irreflexión de un joven manchó la pureza de su sangre, aquella sangre de héroes, que corría por las venas de Pelayo, pero ¿qué hemos de hacer? Vengo á ver estos lugares lo mismo que una mujer curiosa, tengo deseos de ver si el Miño, ese río que da sus aguas á dos reinos, comprende algo de su extraña misión, y se desliza entre sus dos orillas de otro modo que esos riachuelos vulgares que corren entre prados sirviendo de límite á dos pobres pedazos de terreno que pertenecen á hambrientos campesinos. Además, quiero saber cómo resuena en el corazón el ruido de nuestros pasos en una nación extraña. En fin, estoy empeñado en ser alguna vez extranjero, aunque esto no sea más que por una hora.

—Sea pues—me respondió—esto es lo más fácil, y

por la noche no dormiremos en España, sin haber estado en Portugal.

—Sea en buen hora, ese es mi deseo; me han ponderado de tal suerte la hermosura de las orillas del Miño á su paso por Tuy, que no quiero alejarme de estas riberas sin gozar, siquiera sea un momento, de su encantadora belleza.

Mientras hablábamos y mi compañero fumaba filosóficamente su cigarro, la diligencia adelantó lo bastante para que se presentasen á nuestra vista, las dos ciudades fronterizas, que desde lejos, á la primera hora envueltas entre la niebla del río, parecen una sola ciudad.

Ya sabéis lector, cuánto miente á los ojos del poeta la niebla que se levanta de la hondonada, y á la que habita débilmente la floja y desteñida luz de la aurora. No sé por qué, había creído que Valenza era una ciudad antigua, de estrechas y desiguales calles, y en cuyas plazas se levantarían algunas de esas góticas iglesias cuyos campanarios se esconden entre las nubes, y advierten al artista viajero que pasa de largo, que hay allí algo que admirar. Contribuía á dar carácter de verdad á este pensamiento la vista de la catedral de Tuy, teatro de las sangrientas revueltas populares de los siglos medios, cuya almenada fachada da á entender bien claramente

el papel que sus dueños representaban en aquellas tristes jornadas. Nunca en verdad me habia acercado á una poblacion que se presentase á mis ojos mas llena de poesia; la niebla, el rayo de luz que la iluminaba, la distancia, mi imaginacion que le prestaba encantos que no tenia, me hicieron soñar en la plaza portuguesa una ciudad alemana, á orillas de un gran rio, y levantando al aire las cien agudas torres de sus iglesias y de sus feudales palacios.

Al tiempo que nos acercábamnos á Tuy, las gentes de las aldeas vecinas acudian al mercado, y el sol rompiendo por fin su cárcel de nubes, inundó alegremente las hermosas campiñas que rodean la antigua ciudad.

Entonces pude ver todo bajo su verdadero aspecto.

Deslizase el Miño en el fondo del estrecho valle que se tiende al pié de dos cordilleras de montañas, derivacion de los Pirineos, con la cual se enlazan las del reino de Leon.

En una orilla y sobre una eminencia, se levanta Tuy; en la otra y en una altura Valenza desde lejos parece que un puente colgante echado sobre el rio uniría ambas ciudades.

Tuy se presenta á la vista del viajero como un pequeño anfiteatro; las casas parecen trepar por la colina, y la catedral, templo y fortaleza á la vez, se levanta en medio, y domina, como un gigante y fuerte castillo, la ciudad y la campiña. Valenza al contrario estendiéndose su larga cinta de fortificaciones, y parece mirar con la mayor indolencia desde su altura, cómo rompe débilmente sus ondas



LOLA MONTES.

el Miño en las empalizadas de la orilla.

Cuando entramos en Tuy y atravesamos el mercado, tuve ya ocasion de notar cómo nuestros campesinos y los campesinos portugueses se diferenciaban bastante, no en sus largas arracadas de oro que ostentaba la pálida portuguesa, no en el dengue de gran con que la fresca aldeana de los alrededores de Tuy cubria su seno, sino en el ceceo meloso del idioma portugués.

Mi mayor deseo era visitar la catedral; por lo mismo tan pronto como pude atravesar el pequeño pero animado mercado, me dirigí á ella, no sin que me llamasen la atencion sus altas y almenadas paredes, que mas tienen de fortaleza feudal que de templo. Entré...; pero en verdad lector que no quiero molestarte con una descripcion de la catedral de Tuy, y que me contento con que sepas que pertenece al género gótico, y que sin duda alguna desde su terrado se dispararon las piedras redondas con que el buen obispo don Diego de Muros solia recibir á las gentes ruines y desalmadas (asi lo dicen las crónicas), que capitaneaba el muy alto y poderoso conde de Camiña.

Despues de recorrer las pequeñas naves de la catedral y visitar su claustro, gótico tambien, salimos. Mi compañero iba delante, yo le seguia por las estrechas calles de la poblacion; y como si acudiéramos á una cita amorosa, nos alejamos á toda prisa por la calzada que se dirige al rio.

Nada en verdad mas pintoresco; de un lado las pequeñas posesiones encerradas en las blancas



APIO, ESCAROOOLA...



COMERCIO AMBULANTE DE MADRID.

¡EL PUEBLO Y LA CORRESPONDENCIA DE ESTA NOCHE...!

tapias sobre las cuales los naranjos en fruto, echaban sus ramas olorosas, las vides, los árboles frutales, las rosas de otoño que se deshojaban al paso del viento; del otro los campos cubiertos de yerba, los maizales á medio recoger, los ganados pastando á orillas del arroyo: hé aquí el paisaje. Un rayo de sol lo alegraba; los que como nosotros se alejaban también, llenaban el aire con sus cantos. ¡Oh Dios mio! ¡Cuán armoniosos y frescos!

Una hermosa y jóven portuguesa cantaba aquel aire de su patria,

Tenho no meo coração  
Duas feridas mortais

y todos nos íbamos acercando á la silenciosa orilla del Miño ese rey de los ríos de esta Galicia bien amada de sus poetas.

Sin dificultad nos acercamos al embarcadero: unas cuantas barcas estaban atracadas á aquella orilla fan-gosa: en una de ellas, una portuguesa de mas de cua-renta años y cuyo traje hizo asomar á mis labios una sonrisa involuntaria, estaba sentada aguardando con impaciencia que llegasen mas pasajeros.

Cuando pusimos el pié en la barca, esta empezó á moverse silenciosamente y mientras se deslizaba sobre las ondas que brillaban al sol, pude examinar á mi sa-bor la embarcacion y el marinero. Al ver aquel hombre flaco é indiferente, cuyo color y cuyo ropaje tenían el tinte amarillento de la miseria, al ver aquella barca sucia, endeble y estrecha, y aquel único remo débil y de una forma peculiar, comprendí al momento el despre-cio con que los marineros miran á los que llaman ma-rinos de agua dulce.

Pero en medio del rio, en frente de las dos ciudades, viendo á ambos lados las mas hermosas campiñas ¿quién pensaria un momento mas que en admirar tanta her-mosura?

¡Rio cuyas ondas, perezosas hoy, se arrastran á veces impetuosas é inundan ambas riberas, cuyos árboles som-bread tus orillas y perfuman tus aguas! horizonte estre-cho en donde la superficie azulada parece despeñarse sin ruido á un abismo eterno! ¡Hermosas y elevadas colinas en donde el hombre del campo tiene su vivienda solitaria! ¡Cañadas silenciosas por donde el Miño estiende uno de sus brazos! ¡Playas ignoradas! ¡Verdes plantíos, débi-les estacadas de pequeños arbustos en donde el rio rom-pe débilmente sus ondas y vosotras ¡oh Tuy! la ciudad de los recuerdos ¡oh Valenza! ¡orgullo de tu patria, salud todos!...

El silencio y la soledad nos acompañaba en nuestra correría, el río estaba tranquilo, el cielo sereno, el aire tibio y el sol hacia brillar las ondas; puedo asegurar que nada he visto hasta ahora que pueda compararse á semejante paisaje. Atravesamos silenciosamente el rio; un golpe mas y pusimos el pié en suelo extranjero.

Nada en verdad mas agreste, mas solitario y patético que aquella entrada. Grandes álamos sombreaban el embarcadero, y la destruida calzada presentaba el as-pecto de un antiguo camino olvidado, por el que nadie atravesaba; pero tan pronto como torciendo á la dere-cha, entramos en la via que conduce á Valenza, la so-ledad se hizo mayor y ningún ruido turbaba aquel mis-terioso silencio. Como había llovido por la mañana, los álamos del camino y los arbustos y las yerbas que cre-cian á las orillas brillaban como diamantes. Algunas gallinas buscaban su comida entre los guijarros de que está empedrado el camino y en todo él no hallamos ni un solo hombre, ni mas que una pequeña casa, con todo el aspecto de una taberna.

De pronto vimos levantarse ante nosotros las severas y negruzcas murallas de Valenza y mi compañero es-clamó:

—¡Ya estamos!

Entonces pude admirar aquella soberbia fortaleza, y sentándome al pié de un sáuce que crece á la entrada, fueme fácil examinar aquel alto y severo lienzo de grani-to, que la humedad ennegreció lentamente y pensar cómo el débil lusitano queriendo defender su naciona-lidad, tuvo que levantar esas fuertes murallas, pues en verdad España debía serle un enojoso vecino, del que siempre debía desconfiar.

Atravesamos los sombríos pasadizos húmedos y frios; la bóveda agrietada mostraba á las claras las injurias del tiempo y los centinelas nos miraban pasar con cierta curiosidad llena de orgullo, cuyo inocente pecado les perdoné de todo corazón. ¡La ciudad! Figuraos una larga calle, estrecha, que sigue y se interrumpe segun las fortificaciones, y ya teneis idea de Valenza segun yo la he visto, en aquellos momentos. Eran las doce del día, nadie atravesaba las estrechas aceras, el sol pare-cia bañar una de nuestras mas desiertas y pequeñas vil-las; tal era el silencio y soledad que reinaba en la po-blacion. De cuando en cuando pasaban algunos solda-dos, unos cuantos niños jugaban en medio de la calle. nosotros pasamos y nos dirigimos á la Glorieta.

Desde este punto disfrutamos de la mas hermosa pers-pectiva, pues sentados al lado del grande é inútil cañon que significa una amenaza contra España, y en tanto que el centinela daba sus pequeños paseos en torno nuestro, pudimos gozar nuevamente y mas á nuestro sabor de aquellas vistas admirables. No haré aquí su descripción, porque el campo que descendía hasta la orilla, el río que se deslizaba, la orilla opuesta, las her-

mosas quintas y jardines, y finalmente Tuy que des-parrama sus casas sobre la colina, todo lo hemos des-crito ya; sin embargo, nos falta añadir que desde la Glo-rieta es únicamente desde donde se abarca en toda su estension y con todos sus accidentes tan precioso pai-saje.

Allí oí asegurar que nada son las orillas del Ródano, ni sus ondas impetuosas, para aquellas orillas solitarias y para aquellos campos florecientes.

—A disponer de mas tiempo,—me dijo mi amigo,— visitaríamos estas ignoradas riberas. Puede tenerse por seguro que una cacería de patos, allá abajo en donde el río forma una pequeña cascada, es lo mas delicioso y poético que puede imaginarse.—Ademas añadió,—el que se sienta con fuerzas para ello, puede venir aquí á es-tudiar las costumbres de esos barqueros á quienes tanto desprecian los hijos del mar, y que sin embargo corren continuos peligros. Shakspeare dijo:—¡Pérfida como las olas! y debió decir:—¡Pérfida como los ríos! si queria que su símil fuese completo. Puede asegurarse que el novelista hallaria aquí costumbres, paisajes y personajes con que poder rivalizar con Cooper, porque el patron de una *barca ladrona*, puede ser el héroe de un libro admirable.

Calló mi amigo y nos alejamos atravesando de nuevo á Valenza y dirigiéndonos hácia las murallas que miran á la campiña de Portugal, que en aquel instante estaba inundada de sol.—Parecióme hermosa y estensa. Cuan-do me entretenia en mirar el escudo enlutado que cam-pea sobre una de las puertas de la fortificacion, ví aparecer una jóven, tipo perfecto de la raza portu-guesa.

Ya á la entrada de Tuy me sorprendiera ver algunas campesinas, cuyo pálido y moreno semblante, cuyos ojos negros, cuya nariz afilada y rostro ovalado, me daban á conocer otro pueblo diferente del que poblaba la campiña; pero cuando entré en Valenza, cuando mi distraida mirada cayó sobre el hermoso rostro de la jóven portuguesa, fue entonces cuando reconocí el tipo que no es comun todavía de la otra orilla del Miño. ¡Ah, la naturaleza es mas justa que el hombre, y para ella nada son todos los odios humanos, todos los intereses de la tierra! Por eso mientras que el dialecto gallego que se habla en Tuy y sus alrededores es casi tan puro como el que se habla en los cercanos puertos, sin que haya tomado del portugués mas que alguna que otra palabra, mientras este último idioma es hablado en Valenza, á lo menos para oídos españoles, como se habla en casi todo Portugal, las razas logran traspasar las fronteras y es-tender sus límites naturales. Fue esta observacion lo que mas impresionó mi espíritu.

Corto, muy corto era el tiempo de que disponíamos para ver á Valenza; pero ¿necesitábamos mas acaso? La realidad castigó cruelmente mi imaginacion; allí en donde creyera ver góticos campanarios y almenados cas-tillos de agudas torres, en fin, arte tal cual le sueñan las almas artistas, no hallaron mis ojos mas que las sombrías, macizas y altas murallas de la fortaleza. Dentro... ni una iglesia, ni nada que mereciera llamar la atencion del viajero.

En una de las principales calles, vimos un tentador letrero que con letras bastante mal hechas decia CAFÉ. Entramos... y lector el título era una hipérbole de nues-tros muy amados vecinos. Mientras nosotros mirá-bamos el vaso de café, como llamábamos por ironía al negro brevaque que nos sirvieron, y comíamos unas cuantas *rosquillas de Tuy*, un bravo cazador de Oporto, y un campesino pintorescamente ataviado, con su som-brero de alas anchas, su gran capote y sus botas de montar, comian en otra mesa cercana su *arroz afogado* y su pan de maiz con un apetito que hacia honor á la comida.

Dejámosles en paz disfrutar de ella y despues de echar la última mirada á *nuestro vaso de café*, que de-jábamos intacto, salimos. Un momento despues, Valen-za, con sus negras y largas fortificaciones se levantaba sobre la altura y nosotros la saludábamos desde la barca que debía traernos á nuestra patria.

Volvimos á ver el mismo paisaje, el sol iluminando las aguas, el río desliziéndose tranquilo, el aire suave azotando nuestras frentes; desde la barca, pudimos ver de nuevo la poética colina sobre cuya cumbre desparrama Tuy sus casas. En medio de ellas, como un gigante se levanta la almenada torre de la catedral, destacándose poderosa sobre el azul purísimo del cielo. Por la aven-ida se acercaban los campesinos portugueses que vol-vian á su patria; nosotros tambien, tocando la barca suavemente en el fango de la orilla, volvimos á poner los piés en tierra de España.

M. MURGUÍA.

## COSTUMBRES MADRILEÑAS.

### EL TIO DE LAS CAMPANILLAS.

Supongamos que uno de nuestros lectores no conoce al tío de las campanillas y que tratando de averiguar la exactitud de lo que nosotros hemos de decir en este artículo, llama á su criada y le pregunta:

—Muchacha, ¿quién es el tío de las campanillas?

—Señorito, responderá la interrogada; es un hombre que toca el fíngles ó el fírgle, como ustedes dicen; que toca tambien la vihuela y el tambor; que hace juegos de manos lo mismo que un brujo y que nos dice, á las no-sos paramos á oírle, muchas cosas que saca de su cabeza.

—Ya: pero eso ¿qué tiene que ver para que le llamen el tío de las campanillas?

—¡Toma!... porque... Verá usted, señorito. Ese hombre lleva una mesa y ademas una cosa así á manera de torre. Va por todo Madrid tocando un tambor, y que nos reunimos cinco ó seis de nosotras y otros de los militares, cataplum; planta la mesa en mitad de la calle, pone encima la torre que tiene muchas campanillas, saca de una alforja dos ó tres águilas vivas con las que vuelan en el campo, pero muy agudas y res-das de señoritas, de obispos ó de comediantes como los que salen en el teatro, y en seguida empieza la función que es muy divertida.

—Divertida, dices; ¿veamos cómo?

—Yo se lo explicaré á V.—Lo primero que hace es dar un redoble de tambor para que hagamos corro. Después hacemos. Dempues pone la voz gangosa como las vi-vas y nos dice á todos los que estamos allí:—«Noble anfitri-ño: el famoso *Merlin*, que es el que está en el nicho de arriba; la zaragatera *doña Celesina*, que es la que tiene el pelo á lo *foco*; *Marisabidilla*, que es esa señora fuerte que enseña las uñas por debajo del miriñaque vienen dispuestos hoy á responder á todo lo que se pregunte por mi propia boca. Aciertan el sino de las personas; su estado y demás circunstancias secretas con su piquito de oro dan los fijos de la lotería á todo el que quiere enriquecerse de esta manera.»—Y así como ha dicho esto, dice un soldado:—venga mi sino,—y dos cuartos. Entonces el tío de los titeres tira de la cuerda y echa á vuelo todas las campanillas de modo que suenan como si tocasen á rebato, pero el diablo de los aguilucho ni se mueven siquiera: lo mismo se que dan que si oyesen llover.

—Merlin, dice luego el tío; este buen amigo que me sabe su sino; aquí te presento ocho sinos diferentes, cada uno en su papelito correspondiente; Merlin, Mer-lin, ¿cuál es el de este bravo militar?—Y *pich*, dice Merlin con el pico uno de los papeles; se abre y dice:

«Morirás de general  
si no mueres de otro mal.»

—¡Bravo, bravo! decimos los circunstantes, hasta me digo yo:—Ahí va esa parpalla para que diga mi sino, doña Celesina. Y sucede lo mismo; suenan las campanillas, repite el tío su arenga y ¡zas! coge doña Celesina otro papelito donde dice:

«Es mala para criada  
y peor para casada.»

¡Huy!... yo me pongo colorada como un pavo, los demás se rien y así es la cosa. Y ha de saber usted que cuando se piden los números de la lotería, los da siempre siempre acierta, de modo que es una ganancia segura.

—Muchacha, eso que dices es una tontería: es imposible que lo que asegura el tío de las campanillas sea verdad.

—Si no lo dice él, señorito; lo dicen los pájaros que lleva.

—¿Estás segura de que es cierto todo lo que dicen los pájaros?

—Pues ya lo creo, señorito.

—Pues en ese caso ve ahora mismo á decirle á tu marido que te ajuste la cuenta, porque te vas á la calle. Yo quiero tener en mi casa una mujer que

Es mala para criada  
y peor para casada.

—Pero, señorito, si en lo que dice verdad no es eso, sino en los números de la lotería.

—Tanto mejor: no quiero que sirva en mi casa que puede hacerse millonaria sin mas trabajo que seguir los consejos de Merlin.

—De modo que hasta que á una no le caiga... ¡pues servir.

Pensábamos escribir por nuestra cuenta un artículo serio y largo acerca del famoso tío de las campanillas; decimos mas, lo teníamos escrito, pero por mas que quise pese confesarlo, lo hemos retirado de la imprenta y claros que nos es imposible añadir una sola palabra al exacto, vivo y original retrato que la mala criada y peor para casada ha hecho á su señorito nuestro industrioso héroe á quien deseamos muchos dados bisoños y muchas criadas bobaliconas.

J. J. VILLANUEVA.

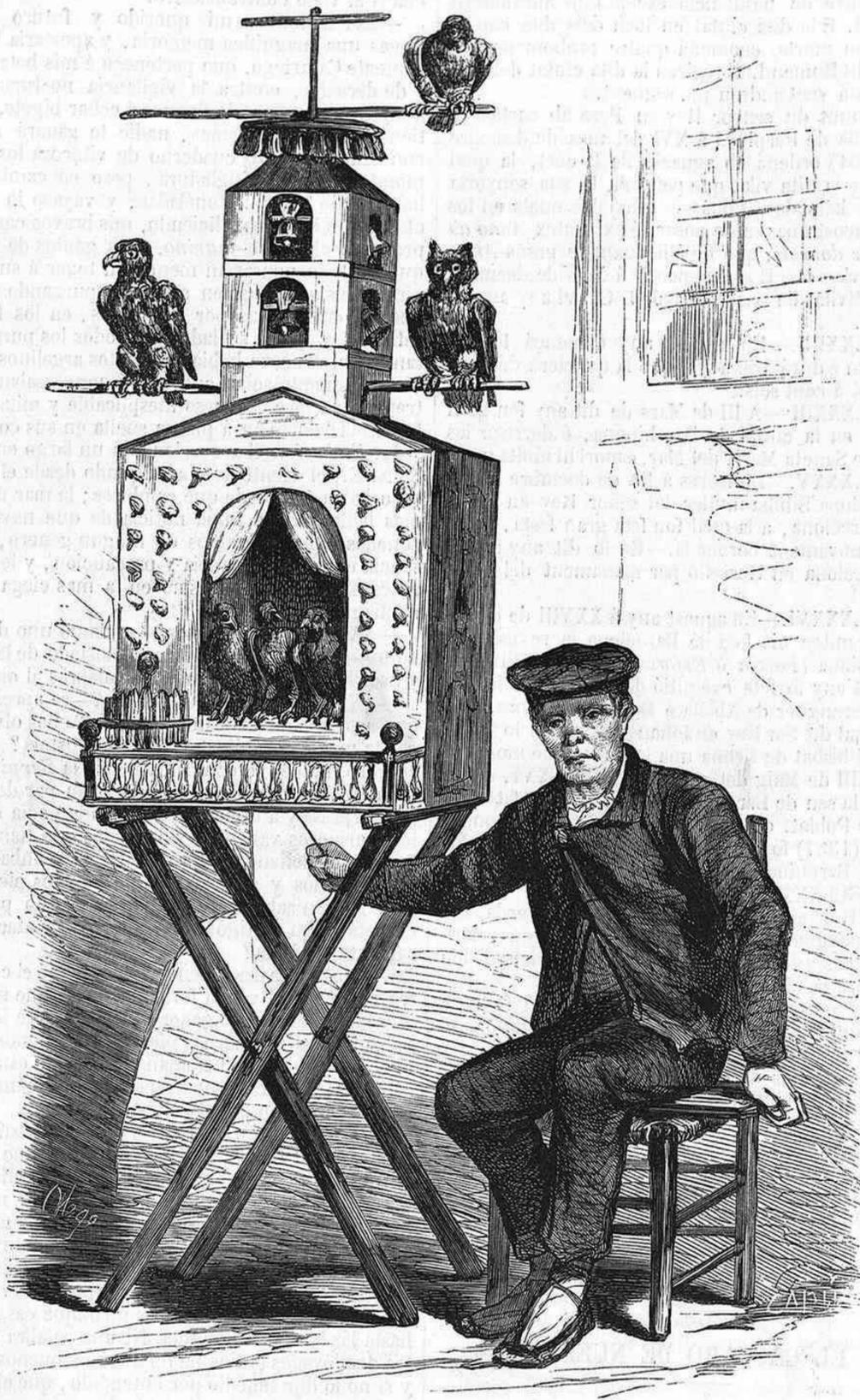
## CREENCIAS DE LA EDAD MEDIA,

### Y NOTICIA DE DOS MANUSCRITOS LEMOSINES.

Entre las antiguas creencias de la edad media se hallan algunas que consignadas en historias por escritores que debían parecernos graves, mezclan la incredulidad de los tiempos modernos con la estremada sencillez



## INDUSTRIA AMBULANTE DE MADRID.



POR DOS CUARTOS SE DAN LOS FIJOS DE LA LOTERÍA Y EL SINO DE CADA PERSONA. ¿QUIEN PIDE OTRO?

alfanges desnudos en la mano, rodeadas sus cinturas de puñales y pistolas y por añadidura el hacha de abordaje pendiente del costado. ¡Fue aquel un momento terrible para los pobres franceses! Los alfanges se movieron en el aire con una rapidez asombrosa, llovian cuerpos y cabezas de las cofas, los hombres caían sobre cubierta á centenares bañados en su propia sangre, en el entrepuente se oía un ruido espantoso, y los ayes y los lamentos de los moribundos cubrían el mugido de las olas y el chasquido de las velas y de los aparejos. Los argelinos se cebaban en los indefensos marineros, cual si fueran una bandada de buitres, sin dar cuartel á ninguno y respondiendo á las súplicas de aquellos infelices muchachos con golpes de alfange, que separaban un brazo ó una cabeza de sus troncos como quien corta un flechaste.

Hubo algunos franceses que, repuestos del primer espanto, lucharon con los piratas como leones sorprendidos en sus guaridas; pero los argelinos eran muchos estaban prevenidos y bien armados, les habian cogido el barlovento sin dejarles tiempo ni espacio para maniobrar en franquía, y toda resistencia fue inútil, completamente inútil, mis buenos y valientes camaradas.

La sangre salía á torrentes por todos los imbornales; el mar se tiñó de rojo, hasta dos brazas de la *Endimion*; habian perecido en el degüello hasta trescientos franceses y unos cincuenta argelinos, y los piratas restantes que no estaban ocupados en las cámaras, corrian sobre cubierta saltando sobre montones de cadáveres y aplastando con los esquejes del mismo crucero las cabezas y los cuerpos que aun daban señales de vida.

Y entre tanto, mis valientes é intrépidos muchachos la corbeta de cuyo timon se habia encargado uno de los argelinos, navegaba tranquilamente, cual si nada pasase á su bordo, y el *Cáscaro de Nuez* seguia veinte brazas á barlovento, la misma vuelta.

El tunante de Mustafá, de pié sobre la estampa de popa de su hermosa fragata, sueltas y agitadas por el viento las puntas de su turbante, animaba á los suyos con gritos feroces, acariciaba entre las manos la varita mágica á que debia su venganza, y sus ojos brillaban con un fuego satánico que daba horror el mirarle; pero pasados los primeros momentos en que la vista de la sangre y los gritos desgarradores de las víctimas le habian hecho olvidarse de sus amores, se acordó sin duda de su hermosa marsellesa; porque fijó sus ojos; que brotaban llamas, en la entrada de la cámara del crucero y su cuerpo se agitaba á impulso de un furor convulsivo al ver que nadie salía por ella: el veneno de los celos principió á circular por sus venas, creyendo que su segundo, á quien habia encargado que se apoderase de su querida y se la llevase á bordo sana y salva se detenía en sus brazos.

—¿Y no habia un rayo del cielo—esclamó uno de los marineros—que hiciese pedazos aquel monstruo y le sepultase en el mar?

—Calma, calma, mi impaciente camarada, que Dios es justo y se encargará de dar á cada cual su merecido, cuando lo crea conveniente.

—¿Y en la cámara de la fragata?...—se atrevió á preguntar el grumete Casariego.

—Ahora vamos á la cámara—contestó el contra-

maestre levantando el brazo para acariciar por segunda vez, y con menos suavidad que antes, la cara descubierta sus flaquezas; pero el muchacho, que habia venido con tiempo el chubasco, retiró apresuradamente la cabeza y la mano del contra maestre recibió un golpe terrible contra el barril, con gran contento de Casariego y escitando la risa de todo su auditorio.

El mismo *Zorro-marino* se rió tambien de su torpeza, aunque no lo haria probablemente de tan buena gana como sus camaradas, removió el tabaco de su pipa para disimular sin duda lo desagradable del chasquido, continuó su historia despues de un momento de silencio que aprovechó para traspasar á su estómago un vaso de aguardiente.

—Pues como iba diciendo, mis bravos y risueños camaradas, el oficial de la *Endimion* que estaba de servicio sobre cubierta y que era un marino tan valiente como sereno, se hallaba á la entrada de la cámara principal cuando principió el degüello, se escapó con una flecha de entre las garras de dos argelinos que tendian ya sus ganchos de abordaje, se precipitó corriendo en las cámaras gritando ¡á las armas! ¡á las armas! y abarrotó por dentro todas las puertas.

Los argelinos, suponiendo que solo tendrían que haberse con media docena de hombres desprevenidos y desarmados, no habian mandado á las habitaciones de popa mas que doce hormigas, cinco de las cuales eran ellas el segundo de Mustafá, se habian situado en la cámara del comandante para apoderarse de la hermosa marsellesa, y presenciaron parte del mudo colapso amoroso de los dos amantes.

Los oficiales y los guardias marinas corrieron á buscar las armas á los gritos de su camarada y se dirigieron á la cámara del comandante, arrollando unos cinco argelinos que se oponian á su paso y que no habian acertado á colocarse en situacion ventajosa para atacarlos á mano salva, como habian hecho los de arriba.

Quando aquellos valientes entraron en la cámara del comandante luchando como una fiera con cinco argelinos que se habian situado en ella, dos de los cuales habia tendido ya en el suelo, y cubria con su cuerpo á la jóven que se hallaba desmayada sobre un divan desde el momento en que vió salir del pasillo aquellos cinco hombres.

El desmayo de la muchacha fue de corta duracion; volver en sí comprendió todo el peligro que su amor corría, se apoderó del alfange de uno de los argelinos muertos, y cuando los oficiales llegaron en auxilio del jefe, peleaba al lado de este con un ardor imponderable cuidando, mas bien que de defenderse y de hacer de parar los golpes que los piratas asestaban á su jóven marino.

Los argelinos que los oficiales habian arrollado al salir de sus cámaras, y de los cuales solo dos habian perecido, penetraron tras ellos en la cámara principal y trabó entonces una lucha encarnizada, en que los golpes se sucedian con pasmosa rapidez, en que los alfanges y los puñales que brillaban á la escasísima luz del crepúsculo se veian un instante despues teñidos de sangre, en que los diez argelinos y los seis franceses se herian y se mataban sin tregua ni descanso, sin dar un solo grito ni exhalar un suspiro siquiera.

Era aquel un horrible combate, mis valientes camaradas; un horrible combate, y unid á esto el estruendo que metian los argelinos sobre cubierta para derribar las puertas de la cámara y tendreis una idea de la escena que se estaba representando en las habitaciones de popa de la *Endimion*.

Los marineros y grumetes de la *Bella Micaelita* apenas se atrevian á respirar por no perder una sola de las palabras del contra maestre; en su ansiedad y en su agitacion nerviosa espresaban bien á las claras el interés que se tomaban en la suerte de la valiente oficialidad del crucero francés, y el *Zorro-marino*, que referia el combate sin sentir una verdadera emoción, tomó aliento por unos instantes, arregló y encendió su pipa, echó en el vaso unas gotas de aguardiente y puso á saborearlas con lentitud.

—Veamos, veamos que tal han librado los bravos oficiales de la *Endimion*,—dijo uno de los marineros, pudiendo reprimir ya su impaciencia.

—Los oficiales de la corbeta, mis buenos y queridos camaradas, peleaban con un arrojo y un ardor imponderables en medio de la oscuridad, que iba inundando por todas partes la cámara, y solo quedaban en pie el segundo de Mustafá y dos argelinos cuando los cristales de las ventanas de popa saltaron todos á un tiempo.

(Se continuará.)

EL CAPITAN BOMBARDA.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Quien come la vaca del rey á cien años paga los huesos.

DIRECTOR, D. J. GASPÁR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPÁR Y ROIG.—EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4.